

PREGON DEL

ROCIO

2014

Pregonero: Francisco J. Gómez-Quevedo Cano

Desde aquí, Madre mía, como desde todo lugar donde yo invoque tu bendito nombre, vaya por delante, como mensaje encendido de mi más profunda alegría esta incontenible salutación rociera.

¡Viva la Blanca Paloma!
¡Viva el Pastorcito Divino!
¡Viva la Reina de las Marismas!

Domingo, veinticinco de Mayo de de dos mil catorce

¡Oh Virgen del Espíritu Santo,
Señora de Pentecostés,
Blanca Paloma, Madre de Dios y nuestra!

Desde tu Santuario manifiestas
y extiendes tu amor
y cuidados a cuantos lo solicitan.

Bajo tu maternal protección,
Madre bendita del Rocío, pongo mi vida,
trabajos, alegrías, esperanzas,
dolores, enfermedades y este pregón.

Cuanto soy y tengo
te lo presento y ofrezco,
Pastora y Reina de las Marismas,
Patrona de Almonte,
quiero ser totalmente tuyo
y hacer contigo el camino
de mi vida cristiana,
como hijo fiel de la Iglesia.

Escucha, Madre, la oración
que con filial confianza te dirijo
y preséntala ante tu Hijo,
el Pastor Divino, Único Salvador
y Redentor de los hombres.

1.- SALUTACION

Querido Consiliario y Capellán de la Hermandad de Nuestra Señora del Rocío de Jaén.

Querido Presidente, y Junta de Gobierno de esta Hermandad.

Querido Hermano Mayor

Representantes de la Agrupación de Cofradías y Hermandades de la ciudad de Jaén, así como de Cofradías de Gloria y Pasión que en este día nos acompañáis.

Querido Ángel, el mejor presentador que nadie jamás soñara, que tengo el privilegio de su compañía, al que le debo entre otras muchas cosas, este amor sincero a María Santísima del Rocío, que siempre agradeceré su bonita y sincera honrada aunque medie la genética. Ángel, mi buen Ángel, se que tus palabras de presentación son más bien palabras de cariño pero no son palabras que este pregonero merezca.

Ángel, del navegar por los días de mi vida, traigo a esta Hermandad mis alforjas repletas de ilusiones y, arrodillado a los pies de su Majestad dulcísima la Santísima Virgen del Rocío, proclamo, en esta primavera, mi profunda emoción y orgullo por tener la alegría mas grande que se puede tener en este momento, la de ser sencillamente pregonero.

Gracias Ángel. Muchas gracias

2.- INICIO

Se da comienzo a esta modesta disertación, carente en absoluto de valor literario alguno, pero que intenta ser como imaginativa y anticipada peregrinación romera, portadora de nuestros más puro entusiasmo, hasta las mismas puertas de esa Ermita Almonteña, donde vamos a dejar postrado el bendito tributo de nuestro más profundo amor y nuestra renovada protesta de fieles rocieros, como oración tejida con temblorosas lágrimas que quieren cantar y ensalzar una vez más a la Virgen bendita del Rocío.

Difícil situación es en la que me habéis colocado, al ser tan generosamente invitado para alzar mi voz pregonera entre vosotros y hablaros nada más y nada menos que del Rocío, de su romería y de la Virgen.

Difícil para quien, entre tanto buen rociero, con la solera metida en sus más íntimas entrañas familiares, para quien, repito, no puede aportar sino la hoja, simple y mal escrita, de sus personales vivencias, profundas, eso sí, como también es inmarchitable, inmovible y enardecida mi devoción a la Virgen, Madre de Dios, Señora de nuestros favores, norte y guía, santo y seña de esa tierra bendita, jardín del mundo donde se asentó por obra de la divina gracia, con la palabra del Verbo Redentor, la Blanca Paloma del Espíritu en un Pentecostés anual y renovado.

Difícil porque alguien dijo que el Rocío es para verlo porque no se puede explicar, y vosotros me pedís, en cambio, que yo lo explique.

El tiempo se detiene de manera que cada día del año es un cantar constante al Rocío, es un constante ir y venir de pensamientos, es una tertulia con los amigos, son unas oraciones al cerrar los ojos al día para despertar y comenzar otro nuevo bajo su mirada y bajo la mirada de quien más te quiere, es una medalla en la cabecera y es un recuerdo vivo a los que otrora fueron los responsables de mantener viva esa llama de la fe. Aquellos que se preocuparon a través de los siglos de transmitir esa fe que les debemos.

Porque desde los inicios del Rocío, desde que el Rey Alfonso X levantara aquella primera ermita que diera cobijo a la imagen de Santa María de la Rocinas, ha hecho falta que personas responsables transmitieran a su descendencia este amor por la Virgen, este amor por la advocación de Rocío que llega hasta el día de hoy en que un humilde pregonero ose hablar a Jaén de lo que lleva dentro. Mi atrevimiento no es poco, pues es difícil subirse a una tribuna donde anteriormente lo han hecho personas muy cualificadas y que forman parte de esa historia viva de la Hermandad.

Gracias, pues y no obstante, por la confianza que habéis depositado en quien tanto tiene aún que oír y aprender, ante el magisterio secular de los rocieros, que es a un tiempo fundido clamor de singularidades, guitarra y trino, sencillez y señorío, luz y vida, historia y cultura, fe y esperanza, grito y silencio, oración y risa, espiga y nardo, sudor y trabajo, fervor y marisma, requiebro y aplauso.

3.- EL PREGON

Hoy me subo a este atril. Porque parece que no pasara el tiempo, porque parece que aún resuenan, otras palabras pronunciadas con distinta voz y con distinta forma pero con igual sentimiento.

Así, cada pregón que antecede la Romería es una prolongación del anterior, porque no hay ni un principio ni un fin, simplemente una continuación renovada por la fuerza que irradia su imagen, por la luz que desprende su mirada y por el manantial de bondades del que bebe el pregonero a la hora de emprender este difícil camino de la oratoria.

Cada vez que alguien se sube a un atril, donde se dejan reposar las manos en los costeros al igual que reposamos nuestra emoción en la barra de promesas del templete de plata. Aquí donde tiembla el pulso y donde el corazón se acelera y empieza a correr al igual que los pensamientos de quien escucha al hacer su viaje espiritual a lo que en breve será un hecho. Cada vez que todo esto ocurre me da la sensación de que el tiempo no pasó.

La primavera ha vuelto a Jaén. Cada año surge la vida del aletargado sueño del invierno. Todo parece dormido y de pronto surge esa eclosión de colorido de la que hacen gala nuestros campos, nuestros parques, nuestras plazas, nuestros balcones donde cuelgan las más coquetas macetas de geranios.

La primavera está hecha para los ojos, para que estos la disfruten suavemente. Está hecha para que podamos percibir los suaves olores florales. Está hecha para poder saborear todo el regusto de una rancia tradición muy acendrada en nuestro pueblo. Esta hecha para que nuestros oídos se llenen de dulces notas que proceden de una marcha procesional o de una flauta rociera que anuncia las vísperas de una fiesta. En definitiva, a través de los sentidos nos encontramos inmersos en la estética de la primavera, de nuestra primavera.

Este tiempo que nos ocupa, nuestras cofradías, las Cruces de Mayo y una carreta que camina hacia el Rocío, hacen que nuestra primavera sea distinta, sea especial, sea... simplemente nuestra.

Y nosotros que somos fieles amantes de nuestro pueblo y de sus tradiciones, hacemos al igual que cada primavera que esta tierra se convierta en un trocito de cielo que baja hacia lo terreno para que siga ocurriendo el milagro. El milagro de la vida, el milagro del florecer de nuestras esperanzas, el milagro del oler esas esencias que nos purifican, el milagro de la luz que alumbra el camino, el milagro del alma que vuela buscando el calor de Dios, el milagro del que se despierta tras un letargo en la fe, el milagro en definitiva de Dios que transforma nuestra tierra en un génesis que se repite año tras año y que además de nacer la vida, sabemos que vuelve a nacer nuestra fe.

Vuelve a reafirmarse con la Pascua de Resurrección, porque Cristo está vivo y se encuentra en cada uno de nosotros, en cada uno de nuestros corazones.

Por todo eso, así empieza todo, con la Resurrección. Cuando todo parecía acabarse, Cristo convirtió la derrota en una gran victoria.

Resucitó para poder quedarse entre nosotros y además nos envió su Espíritu para fortalecer nuestra alma y nuestra fe.

Y eso es precisamente lo que celebramos, Pentecostés, la venida del Espíritu que nos transmite esa fuerza que tanta falta nos hace. La venida del fuego de Dios convertida en una gran fiesta donde tiene cabida toda clase de momentos y toda clase de sensaciones. Donde se mezcla la oración íntima con los ecos de alegría que imprime nuestro cante por sevillanas.

Y es evidente que en estos días en los que nos encontramos, el Rocío ya se asoma a los balcones de los sentidos. Porque es la fiesta donde todos ellos se inundan de la eclosión de colores que nos pone de manifiesto su inminente aproximación.

El Rocío es La fiesta de la alegría, es la fiesta del gozo, es la fiesta de la oración que brota desde lo más profundo de nuestro ser.

La gran fiesta de esta nuestra tierra, el pueblo que marcha en un éxodo de amores a la tierra prometida que mana leche y miel. A la tierra prometida donde el Espíritu del Señor baja en forma de paloma para darnos el pan y sangre de su amor, alimento para nuestra alma. Todo en plenitud y grandeza, todo envuelto por el gran amor a la Virgen y la caridad del no tener nada de nadie. Aunque suene a tópico, pero por unos días el Rocío se convierte en el ideal y modelo de belleza y del bien supremo como decía Platón.

La tierra prometida, donde hay infinidad de caminos que llegan a ella, como a Roma, como a Jerusalén en calidad de la Tierra Santa prometida por Dios a su pueblo.

Esta es ahora nuestra tierra, la que con sus montes, y con sus valles, con sus mares azules y su playas de oro, con sus pinares oscuros y sus acebuchales en sombra y con sus viñas, de donde sacamos la bebida para el alma sedienta.

Hacia esa tierra vamos caminantes, al encuentro del Santuario blanco donde se dan cabida a las pasiones de un amor que se rodea de cales y de flores. La tierra de promisión del peregrino, tierra de pesados arenales y romero con la capacidad de sufrir por amor, ya que llevan consigo la

oración y plegaria de cada una de sus pisadas que dejan su silueta marcada en las pesadas arenas que anteceden nuestro destino.

El destino donde espera siempre la Virgen sonriente, la Virgen del Rocío, la Madre de Dios, el Pastorcito que es sostenido por sus manos amorosas a la altura del vientre que le dio su primer cobijo al Señor. Nos espera la que es también madre nuestra, la que es Pastora que guía y defiende su rebaño, y la que es Reina además de las Marismas, de todo aquello que va mas allá de las fronteras de lo perceptible.

El Rocío no es solo una fiesta ruidosa, tenemos que verlo con los ojos de la inmensidad y del anhelo infinito de estar llenos del Espíritu Santo, de estar llenos de la profunda luz que nos proporciona su baja mirada, esa que siempre mira al suelo, la que mira igual que la madre que pide Socorro al ver a su hijo en el sufrimiento de su carga de cruz. El Rocío es la Virgen, la que espera impaciente a los romeros para entregarles lo mejor de Ella, entregarles a su hijo en una comunión espiritual y material para que el Espíritu entre de lleno en el alma del que devotamente se pone en sus manos.

Sólo esto justifica y hace posible el sentido religioso y profundo del peregrino, del que se desborda de alegría contagiosa en explosión de amores. El sentido del Rocío es una constante, porque el Rocío es camino y no meta, pero es ir dejando atrás todo lo farragoso de nuestra vida, es romper con lo que dejamos para entrar en la bella utopía y hacer realidad lo que fue un sueño durante todo un año.

El Rocío es abrir el corazón con fe verdadera y no rezada a la vista de todos, es hacerla conciencia y esperanza ilusionada; es dar vivas en la tierra para que el viento los lleve a otros lugares donde otros hermanos han alcanzado la gracia de habitar en las marismas celestes; es desprenderse de ese pesado equipaje para poder levantar los ojos al cielo y traspasar la línea del horizonte; es extender las manos suplicantes buscando la verdad que nos hará libres.

La inmensa alegría que se apodera de nuestro vivir espiritual, hace que le rindamos esa alegría a quien solo lo merece, con la humildad y sencillez que caracteriza a quien da todo lo que tiene solo por agrandar a la Virgen y sin pretensiones ni luchas ni ensalzamientos personales que llevan a la vanidad de la grandeza material pero con su correspondiente vacío de alma. La inmensa alegría que desborda nuestros sentidos a medida que nos vamos acercando a aquel paraíso terrenal donde se unen el cielo y la tierra.

El Rocío, como antes decía, es para verlo, sí, y para vivirlo, para sentirlo y compartirlo, para penetrarse y confundirse en él. El Rocío es para caminarlo y abrazarlo. Para comprenderlo y creer en él, porque el Rocío es, antes y por encima de todo, la Virgen en la apoteosis de su maternidad Divina, pero singularmente de su maternidad humana, cuando el Hijo ha vuelto con el Padre y este nos envía la Paloma confortadora y vivificante del Espíritu, para dejar en plenitud de mediaciones, a la que ya era la plenitud y la gracia en las anchuras de las rocinas.

Y porque esto es el Rocío, hacia la Virgen, por la Virgen y con la Virgen, se abre en el jaenero, el abanico de fervores y en vísperas de Pentecostés inicia el camino en romería, que es Procesión Canónica, no lo olvidemos, hacia el Santuario de la Blanca Paloma.

4.- EL PEREGRINAR ROCIERO

Los caminos del Rocío se convierten en blancos y largos riachuelos que van a dar a la mar donde navegan majestuosas las naves que se disputan la gran meta, donde recibirán la sonrisa y la mirada de la que es consuelo del peregrino.

Aquel que con los ojos llenos de gloria presentida y nublados por una constante emoción, llevan por brújula la limpieza del alma, por mensaje, una salve constante en sus labios y por misión única, la de ofrecer su vida entera a la que por ser Reina de los Cielos, es Madre de Dios y Madre nuestra: La Virgen más bonita, más humilde, más soberana y más deslumbrante entre todas las Vírgenes del mundo. ¡La Virgen del Rocío!, ¡la Blanca Paloma!, ¡la Reina bendita de las marismas!.

5.- LA IMPACIENCIA

En estos momentos, estoy seguro que la impaciencia se apodera de todos y cada uno de nosotros. Todos pensamos y estamos inmersos ya en los preparativos para la nueva romería donde se renovará como cada año, la tribulación de amor de nuestro pueblo a la Blanca Paloma.

Es ya en estas fechas donde la impaciencia nos hace desear que el tiempo vuele rápido hasta llegar a esos días previos donde nuestras casas se llenan del colorido de los trajes romeros. Y seguro que en muchas de ellas

encontramos en un rincón unos vestidos y unas calzonas recién limpias, unos botos y parte del costo que llevamos para esos días.

La impaciencia es, la que nos hace situarnos ahora en el sábado en la Misa de Romeros, donde por primera vez escucharemos el tintineo de las campanillas de la Carreta con el primer arreon de las mulas. Un sábado, donde al encontrarnos en San Juan de la Cruz, empezamos a darnos cuenta que prácticamente, estamos a una sola amanecida de que Jaén marche al Rocío.

Que se cante el Aleluya, que se enciendan las luces y muera la oscuridad que se grite a pulmón que nos vamos de Romería

Que casi estamos en Pentecostés y que el sábado todas las Hermandades, y las Parroquias de Jaén vuelvan sus ojos a San Juan de la Cruz, a la sede canónica de la Hermandad del Rocío, donde se celebra la Eucaristía, para que su capellán, con bellas palabras, y en nombre de la Iglesia Universal, nos anuncie la llegada de Pentecostés.

Capellán, busque sus mejores versos, hilvane las más preciosas palabras para anunciar, cantar y gritar la alegría que hay en los hombres y mujeres de buena voluntad, porque llega Pentecostés y la Virgen nos guiará en nuestro caminar.

Escriba sin final, y que esta hermandad que le toca hacer Romería, lo haga con elegancia, sabiendo que acompañan en su camino a Santa María del Rocío, la que dura hasta la Eternidad.

Que nuestras calles huelan a esperanza, que nuestras vidas estén llenas de Alegría y Victoria, que sepamos llenar nuestras Lágrimas de fe y amistad. Que La Virgen del Rocío bendiga hogares, que nos siga dejando prendados y nos ayude en nuestro caminar.

Comienza el gozo de vivir en libertad, sabiendo que sólo nos queda saber y esperar.

El sábado, es el día de la impaciencia. Es el día en que el nerviosismo se apodera de nosotros y hasta nos cuesta trabajo conciliar el sueño, porque llega la hora del descanso y sabes que colgado de una percha en el dormitorio se encuentra el traje que revestirá de alegría a todo el que emprende el camino. Y sabes que en un rinconcito se encuentra apoyado en la pared el bastón que servirá de apoyo firme en el camino.

Y sabes que a diferencia del resto de los días de año, la medalla que vela tus sueños aguarda encima de la mesa esperando la mañana. Sabes y piensas en muchas cosas, pero en lo más sentido de nuestros pensamientos siempre hay un recuerdo para los que este año no pueden ir por cualquiera que sea el motivo, pero ellos sin embargo están mucho más llenos de impaciencia que tú, que sabes que esa impaciencia se quedará saciada cuando tus ojos vuelvan a abrirse, pero ellos tendrán que volver a esperar todo un año para experimentar todas esas sensaciones que tú estás sintiendo en esos momentos.

6.- EL CAMINO I

Mañana de preparación y oraciones ante la Blanca Paloma en la Ermita. Deseos de buen camino, de anhelos esperados todo un año. Mañana de ambiente Rociero preparando la carreta, encajes y telas, condumio y bebidas para hacer más llevadero el viaje por las arenas. Risas y esperanzas puestas en Ella.

A media tarde, tractor, carreta y peregrinos que van deshojando los kilómetros hacia el bendito paraje de Cañada Honda, donde las esencias del acebuchal, la jara, el pino y el romero nos acercan aún más a la Virgen del Rocío.

El cuerpo quiere tomar fuerzas para emprender el camino, y ¡donde mejor que en la inmensidad silenciosa de los pinares!. Donde a pesar del cansancio la noche se hace cante por sevillanas y fandangos, donde la oración soñolienta y cansada es animada conversación con la Pastora Divina, que guarda y guía su rebaño; donde el Rocío de la noche se convierte en ese agradable y delicioso fruto de la vida para apagar la sed y animar la espera del corazón; donde se habla y se cuentan las cosas del Rocío; donde el recuerdo, a veces se hace negro, al mirar el sitio de quien estuvo y ya no está; donde la carreta se hace relicario de oración, esperanza y alegría.

Paraje en el que comienzan los sueños, las promesas, donde afloran las amistades, donde te das cuenta que comienza tu peregrinar. Primera noche de verdadera convivencia, recuerdos del ayer más cercano.

Cae la noche en Cañada Honda. Los esbeltos pinos que hace unas horas cobijaban con su sombra, ahora más bien arropan al peregrino y son

testigos mudos del anochecer rociero entorno a la Mesa de Cristo. Primera Eucaristía en aquellas benditas tierras.

En el Altar se ofrecen los deseos, las oraciones de cada uno y el Pastorcito Divino le habla a la Virgen y va reconociendo uno a uno a todos sus peregrinos. Madre, mira, ahí están Ángel, Juan, Miguel..., fijate como te quieren, como siguen viniendo año tras año a tu encuentro, cómo año tras año vienen a rezarte a tus plantas.

¡Pero Madre!, ¡Me faltan Muchos!, no veo a..... Hijo mío, los esperaremos pacientes un año tras otro y vendrán, no te preocupes, vendrán.

Con ese pensamiento ven cómo se van reuniendo en torno a Ellos, en torno al Simpecado de nuestra querida Hermandad, y se reza cantando, muy bajito y por fandangos. Ya va cayendo la noche y entrando el alba. Huele a humedad, a madera, a rocío de la mañana. ¡Qué bien huele!. Ya pronto amanecerá y llamará el pitero. ¡Virgen bendita del Rocío, empezamos a caminar!.

7.- EL CAMINO II

Ya ha tocado el Alba el pitero, atrás han quedado las plegarias hechas canción a la Virgen del Rocío en una noche mágica. Ahora toca despertar del sueño y empezar a caminar. Primeros sonidos mañaneros, de flauta, tambor y saludos... ¡buenos días Romeros...!.

La escarcha de la noche entumece el cuerpo romero que se alivia con café de pucherete, magdalenas y tostadas.

Todos dispuestos, todo recogido. Empezamos nuestro camino. Buscas el silencio para cobijarte más en la Virgen y le pides, y le rezas. Escudriñas con la mirada entre la gente, entre los peregrinos para ver donde está fulanito o menganito y le pides a la Virgen también por ellos, que hagan buen camino y se cumplan sus promesas. En el silencio se escuchan mejor los mimos de la Virgen.

Entre pinos camina la Hermandad, zigzagueando para evitar sus raíces, camino estrecho, angosto, como el camino de la vida. ¡De cuantos suspiros y cuantas plegarias estarán impregnados estos pinos!. Madre mía... eso sólo Tu lo sabes.

Ya se ve el abrevadero, ya se divisa el cortijo del Quema, ya llega la hora en que los peregrinos van a cruzar el Jordán Rociero, Ay... Don Fernando. Momentos de felicidad. Momentos de amistad verdadera, de bautizos y abrazos, de lágrimas derramadas por los que no han podido ir, por los que ya no están y que gozan de la presencia redentora de la Virgen del Rocío. Hoy entran a formar parte de los “peregrinos de la Virgen” tantos y tantos Rocieros...

Con los botos arrugados e impregnados de las benditas aguas del Quema, caminamos hacia el sesteo en los primeros pinos que se divisan desde su vado. Pinos regados por las gotas de sudor y el agua rociera.

Pronto...en marcha, que nos espera Villamanrique de la Condesa!, primera entre las primeras Hermandades y madrina de la nuestra.

Más camino angosto, entre zarzas e higos chumbos para llegar sin dilación y escuchando los cohetes a la Plaza de la villa de Villamanrique. Prestos los espíritus, agradecimiento y cansancio en los rostros, pero con la satisfacción del deber cumplido en este día de camino.

Todos los Rocieros, hombres y mujeres, empujan con el alma la carreta de sus desvelos por esas benditas escaleras al encuentro de la Virgen. Al encuentro de más emociones contenidas. ¡Viva la Virgen del Rocío!, ¡Viva la Blanca Paloma!, ¡Viva el pastorcito Divino! Que ¡Viva la Hermandad de Villamanrique!. Y suena una voz, para mí, la voz de la Hermandad, la voz de una amiga verdadera y es cuando detrás de tantos estremecimientos, afloran las lágrimas y uno reza y otro canta y el de allí, observa. Y toda la plaza se hace una, se hace Hermandad de Jaén.

Cumplidas las grandes citas del día nos dirigimos hacia la acampada. Con un euro en el bolsillo para la ducha, que después de tanto cansancio bien se merece.

Aseo personal, cambio de calzado y cena a la luz del grupo. Comentarios sobre la jornada, satisfacción generalizada. Se acaba el primer día de camino junto al Simpecado y uno aprieta la medalla del pecho y pide fuerzas para la siguiente jornada.

¡Madre mía del Rocío, en ti confío!

8.- EL CAMINO III

El polideportivo de Villamanrique ha sido testigo del cariño y del amor que se profesa a la Virgen del Rocío en la Hermandad de Jaén.

Al Alba toca el tamborilero y mi alma está intranquila. No dejes de tocar tamborilero hasta llegar al sendero que la fe no está perdida. No dejes de tocar, no te calles, que me muero...

Y Así comienza una nueva jornada de camino. Una jornada que, al igual que las anteriores, está llena de momentos irrepetibles, de vivencias compartidas, de expresiones decididas y de interioridades asumidas.

Vuelve a oler a café, a Rocío, a oraciones peregrinas que no se quieren ir de la vera del Simpecado.

Mientras el cuerpo se despereza, con el café entre las dos manos para calentarlas y a través del humo que desprende, e inmerso en tus pensamientos, ves como el caballista le da picadero a su caballo de crines blancas, adviertes cómo dos romeras van juntas a los pinos para desahogar, cómo se levanta aquel o cómo charlan aquellos otros. Cómo la familia recoge tiendas y acumula bultos y cómo el cura se va preparando para la jornada. Estampas vividas del camino rociero.

La primera parte de la mañana poco tiene que ver con arenas y pinares, más bien con tierra, asfalto y jaramagos, pero da igual, porque sea el paraje que sea, el peregrino sabe que al término de la jornada estará un día mas cerca de rezar ante las plantas de la Madre de Dios.

Da igual arena que asfalto, da igual pinos que jaramagos, da igual frío que calor, lo importante siempre será Ella.

El Ángel del Señor anunció a María que concebiría al hijo de Dios y el Rociero lo conmemora a las doce en punto en “el cancelín”, puerta de la raya. Rezo del Ángelus cobijados a la sombra de los eucaliptales. Sentimientos que desbordan porque empieza la raya. Ay...Ay...mi Paloma. Sentimientos hechos copla, sevillanas y fandangos.

Una paradita después para reponer fuerzas y continuar caminando por la raya chica hasta la hora del almuerzo.

Mandan los alcaldes de carretas donde hacer la pará, donde comer un bocado a la vera de los amigos, a la vera de NOCTURNOS Y VARIOPINTOS, a la vera del camino, ¡Qué arte, Madre mía!

Y sí, ya está ahí. La raya. Arenas sueltas, arenas pesadas, camino de enorme sacrificio. Más cerca del Simpecado para más amarla.

Pañuelos en la cara para intentar, en lo posible, no tragar polvo, el pelo blanco, el cuerpo impregnado de churretes por el polvo y el sudor.

Todo vale en este sacrificio de amor, en este sacrificio por la Concebida sin mancha de pecado. Aún en lo pesado, en los malos ratos y después de los arreones de las mulas, oyendo el tintineo de las campanas de la carreta y con las botas hundidas hasta el final de la caña, se reza cantando. Alegría!!! Que estamos de Romería y vamos al encuentro de la Virgen.

¡Madre mía del Rocío!, recibe las muestras de amor que tus peregrinos ponen en tu Simpecado y concédeles, por tu intercesión ante el Altísimo los favores que te piden. Sufren, pero sufren con gusto y alegría.

La raya agota. Los metros se hacen kilómetros y no llega el momento de divisar el pino del Palacio, pero como todo en la vida, llega y se ve, y ahora se piensa... ¡Que no, que no se acabe la raya! ¡Que la Virgen sufrió mucho al ver a su hijo clavado en el madero! ¡Que quiero seguir sufriendo por ella!, llenando mi corazón de amor y de Rocío. Que quiero seguir ayudando al peregrino que lo necesita, que quiero seguir rezando mientras canto, que quiero seguir a tu lado junto al Simpecado, sudando y con polvo en mi cara, que quiero estar siempre contigo, ¡Madre mía del Rocío!

Inexorablemente la carreta del Simpecado llega al Palacio seguida por sus peregrinos, que exhaustos por el esfuerzo caen a sus pies esperando un vaso de agua que los reconforte, y les saque de sus gargantas el polvo de la raya añorado todo un año.

La salve del Palacio, salve rezada en un incomparable marco. En el centro, El Simpecado, alrededor las carretas de los peregrinos y el entorno, pinares, dehesas, toros bravos y el Palacio del Rey, lugar de acampada y de honda tradición Rociera.

Noche de Palacio.... Noche Rociera

Un breve descanso y aseo personal. Los cuerpos ya se van resintiendo y el cansancio hace mella. Pero reconstituye bien la Misa. Cerca del Altar las cosas se ven de otra manera.

Todos alrededor de la Carreta del Simpecado, con sus velas dando luz a la carita bendita de la Virgen del Rocío.

Noche de Palacio....Noche Rociera

Noche mágica que trae a mi memoria, recuerdos de un ayer cercano. Recuerdos de Misas rocieras con D. Fernando, de cante junto al Simpecado con amigos abrazados, de caras pasadas, de madrugadas a la vera de una candela chisporroteando, de cantes bajitos, al oído... Noches de lluvia intensa y de complicidades entre hermanos.

Noche de Palacio....Noche Rociera

Donde ya se siente a la Virgen más cerca. Un solo día de camino resta para encontrarse con Ella

Noche de Palacio....Noche Rociera

Que por la noche se descansa con nanas de buenas sevillanas, en la que el más pequeño detalle llega muy dentro del alma y donde la guitarra reza con un rosario del que las estrellas son sus cuentas.

No creo que haya nacido poeta capaz de expresar, ni pintor de plasmar, ni músico de cantar la noche de Palacio, donde el Cielo se hace Tierra para recibir a los romeros, como si lo estuviera preparando el Pastorcito Divino para el nuevo amanecer cuando el sol rasga el horizonte; el tamboril lo anuncia con su toque al “alba”; las aves de doñana revolotean jubilosas, que en porfía con los peregrinos quieren cantar a la Virgen en acción de gracias. Los últimos luceros dudan en retirarse del espacio y la marisma entera se convierte en patena y altar para el cuerpo de Jesús

9.- EL CAMINO IV

Y como todo en la vida, la noche de Palacio pasa. Nos queda una jornada y todo habrá acabado, o todo habrá empezado...

Después de esa noche de Palacio, cuando aún quedan en el aire limpio y puro cantos de sentimiento, cuando aun humean las velas de nuestro Simpecado y su olor se mezcla con los olores del campo, suena el tamboril y el pitero toca al alba.

La carreta, custodiada por voces angelicales durante la noche, voces a las que en más de una ocasión le han corrido por sus mejillas lágrimas recordando otros Rocíos, es ahora bella plata, torneada y repujada iluminada por el sol de la mañana. Es el relicario que custodia al Simpecado de la Hermandad, es el Altar mismo en que ponemos nuestros anhelos a la Virgen del Rocío.

La carreta, después de la Salve se echa a andar camino de otro momento intenso y digno de vivir, el puente de Ajolí. Pero antes otra dura jornada de camino que se encara con la misma alegría que en los anteriores, porque la Virgen está ya mucho más cerca.

El camino pesa en las piernas. Atrás han quedado jornadas memorables y noches especiales. Lo único que queda es una pará a las puertas del Rocío. Adivinas entre los peregrinos caras de cansancio, ojeras por las noches en vela, gargantas afónicas por el cante y el relente de la noche, pero sobre todo se percibe satisfacción, compañerismo por el camino ofrecido, alegría por acudir un año más a la llamada de la Señora.

Camino por la raya. Grupos rocieros charlando. Mañana animosa. Otra vez volvemos a los pinares, atrás dejamos la dehesa del Palacio del Rey. Sonrisas, fresca mañana de camino.

Dando un paso detrás del otro y antes de llegar al puente del Ajolí, las viandas escasean. El jamón...en el hueso, el queso...quedan unas migas, los huevos duros..., queda el último. ¡Quien, lo quiere...!, la cerveza...consí, consá. En fin, la carreta pelá en lo material, pero llena de esperanza, de peticiones, de agradecimientos y de cariño y amor a la Virgen del Rocío.

Y pronto nos encontramos con el “árbol del ahorcado”. ¡Diez minutos!, ¡Diez minutos! Y llegamos al Ajolí.

Puente del Ajolí. Otro hito emblemático del camino Rociero. Es el último tramo de los que llevan a la Blanca Paloma, la Aldea ya está ahí, se vislumbra tras atravesar el querido y tosco, antaño puente de madera.

Puente del Ajolí. Tus tablas enmudecen cuando la Hermandad planta su Simpecado entre ellas.

Puente del Ajolí. Cuantas oraciones, cuantas plegarias, cuantas peticiones a la Virgen del Rocío no habrás escuchado.

Puente del Ajolí. Cuantas promesas habrás visto cumplidas, cuantas lágrimas derramadas y cuantos abrazos sinceros habrás notado.

Puente del Ajolí. Cuantas familias, amigos, hermanos han pisado tus tablas después de un camino duro, como el que pisa Tierra Santa.

Ay... Puente del Ajolí, puente verdadero entre este humilde pregonero y su Madre... ¡Madre mía del Rocío!

Cuando la hermandad entra en la aldea toda cambia. Atrás quedó el camino rociero. Atrás quedaron los sufrimientos, las penalidades, los dolores, el calor, la caminata. No vaya a creerse algún listillo que el camino no es doloroso ni sufrible porque todavía hay quien piensa que es jarana, juega y mucho vino. El camino es compromiso y solidaridad, es entrega y amor fraterno en cada uno de los rengues. El camino es el despertar a los sentidos y emoción contenida cuando avanza la carreta del simpecado.

Y es oración y rezo cuando el tamboril anuncia el alba. Y es vida porque hay tantas ganas de ver a la Virgen que los minutos se hacen horas.

Pero, por otra parte, considero que el camino del Rocío es de las más sensatas locuras que al hombre se le pudo ocurrir en su larga historia. Es la locura más hermosa porque al final de este camino está Ella esperándonos desde su altar, mostrándonos al Niño Dios que quiere soltarse de sus brazos para ir al encuentro de los rocieros.

El Niño, que es muy travieso, está esperando un descuido de la Madre para escaparse y buscar por el Ajolí, o por la Raya Real a cada una de las hermandades, y sentarse junto al simpecado, esconderse entre las jarras de flores, entre el bullicio que rodea la carreta, o en el charré de esa familia que viene al Rocío, porque no se fía de ellos.

El niño buscará con sus ojos a esos otros niños. Y se esconderá entre los volantes de los trajes que dan el último repaso a las letras de sevillanas para cantarlas nada más pisar las arenas del Rocío. Buscará la caravana de Jaén, preguntará por su hermano mayor, por su presidente, por su pregonero de este año para darles nuevamente las gracias por atravesar Andalucía como viene haciendo desde hace más de treinta años esta Hermandad. Y correrá de nuevo hasta los brazos de su Madre para decirle, ¡Señora ya está aquí Jaén! Empínate más en tu altar, levántame en volandas que quiero verlos llegar, quiero verlos caminar y quiero ver como te cantan. Me lo ha dicho el pregonero cuando mirando al simpecado dos lágrimas le brotaban mientras decía: ¡Madre mía del Rocío. En ti confío!

10.- LA ALDEA

Si, ya estamos de nuevo en el Rocío, ya sentimos todo angelizado ante nuestra mirada y todo divinizado a nuestro alrededor.

Ya hacen su entrada las Hermandades en perfecto orden, ya se acerca la deslumbrante caravana peregrina, con su colorido único, con su palpitación incontenida, con sus oraciones temblorosas, con sus lágrimas irreprimibles.

Ya llegan los romeros hasta la puerta misma de la Ermita, con su constante clamor, saludando a la Reina Bendita y ya comenzamos a sentir, cómo la vida se ha quedado olvidada atrás, casi a nuestras espaldas, y a percibir bajo el pecho, el latido de ese nuevo corazón que el cielo nos regala cada vez que hasta allí nos acercamos y con el cual únicamente podríamos resistir como lo hacemos.

Y a sus pies, la sorprendente impresión de las ofrendas llenas de ternura emocionada, en pago de las gracias recibidas, y de aquellas peticiones acuciantes, del padre que clama por el hijo, del hijo que suplica por el padre, del pecho transido por la pena, del rostro abatido por el dolor, de la ilusión truncada, del espíritu mortificado, del sueño irrealizable, del alma en peligro, de la vida insostenible, de la luz sin camino y del camino sin solución posible.

Aquellas escenas desgarradoras, de manos y cuerpo arrodillados, de sombras caminantes, de suspiros y corazones deshechos, que allí y únicamente allí tienen la seguridad de recibir el impulso, el aliento, el bálsamo y la fuerza suficiente para poder seguir caminando por este valle de lágrimas, a través del milagro de aquella mirada llena de dulzura, llena de amor y llena de misericordia para todo el afligido que hasta sus plantas llega en demanda de alivio y consuelo.

Oración temblorosa y torpe, de mudas plegarias, porque la voz no puede salir y lo hace el corazón; de lágrimas que dicen mucho porque el corazón y los labios no pueden decir; de vivas y sevillanas que muestran el sentir de un pueblo, su alegría. Es la Blanca Paloma su causa. Ella, sentada en su trono nos espera y nos recibe para darnos todo su amor, su mirada, su consuelo, su fortaleza, su sonrisa y sus consejos. ¡Qué saben de estas cosas los detractores del Rocío!. No conocen a la Pastora Almonteña, no conocen Andalucía, no conocen mi tierra, ni a los que tenemos la dicha de dormir bajo las estrellas en las noches de un camino.

Una vez que la carreta retrocede la pequeña cuesta que da acceso al Santuario de la Blanca Paloma se suceden los abrazos y vuelven a surgir los vivas a la Virgen. Ahora toca llevarla hasta su casa, hasta donde fueron años atrás aquellos rocieros que ya gozan en las marismas eternas de la dicha de poder tenerla a su lado. Aquellos rocieros que iniciaron el camino para que tú, joven hermano cojas el testigo de la fe y camines por la senda peregrina. No te olvides de ellos porque fueron y siguen siendo santo y seña de la devoción a la Virgen aquí en Jaén. Cógete de los varales y mira al simpecado. Aférrate a la carreta y sigue el camino que la virgen te va marcando y, joven rociero reza una oración por los que se fueron. En tí está la llama de la esperanza, el futuro del Rocío.

11.- LUNES DE PENTECOSTES

Antes de que llegue el alba el reloj del tiempo nos anunciará un nuevo Pentecostés. El domingo comenzara con la solemne misa de Pontifical, antes de que el sol llegue a su plenitud. Una serpenteante estela de color nos anunciará que todos los simpecados han llegado al altar, y ante el monumento que la Blanca Paloma tiene en el Real, se iniciará la Misa.

En el ofertorio todos los hermanos Mayores harán solemne protestación de fe y juraran las Reglas de la Muy Antigua, Real y Principal Hermandad Matriz de Almonte. Durante todo el día, el Santuario será un continuo entrar y salir de devotos llegados de todos los rincones de nuestra geografía.

Cuando el Domingo de Pentecostés llegue a su fin, a las doce en punto de la noche, saldrá el Santo Rosario en el que participarán todas las hermandades y que cerrará el Simpecado de la Matriz de Almonte. La Virgen estará expectante aguantando con más fuerza a su Divino Hijo entre sus brazos. Le dirá “ no tengas miedo porque es tanto el amor que nos tienen que no van a dejar que nos pase nada”.

Aquí el pregonero, no tiene más remedio que detener nuevamente su pregón para extasiarse. El presagio de algo sublime se cierne sobre la marisma, un desasosiego se va apoderando de nuestro cuerpo y una fuerza irresistible nos empuja hacia el filo de la Madre. Durante toda la madrugada, intentaremos entrar en el Santuario, y nuestros ojos no acertaran a comprender lo distinta que nos parece la imagen bendita de la Santísima Virgen. La cara pálida de mirada baja, abandonara el gótico de su expresión, para tomar un semblante casi humano. Y allí postrados ante sus divinas plantas, en muda contemplación, más de una vez muchos de vosotros os habréis preguntado.

Porqué le cambia la cara a la Virgen del Rocío cuando se inicia el rosario, y avanzan los peregrinos con sus velas y sus mantas, cuando arrecia el frío.

Porqué le cambia la cara a la Virgen del Rocío cuando escucha los cohetes, y percibe que el gentío cada vez la va arrojando con vivas de escalofrío.

Su rostro de porcelana va cambiando con la hora y al llegar la madrugada mientras suenan las campanas de su casa marismeña se me antoja más humana.

La iglesia parece el cielo con una alfombra dorada, la luz se torna amarilla y hasta la brisa se hace un hueco en tu mirada.

Y mientras marcha el rosario y caminan los simpecados por las calles de la aldea yo noto que me has mirado sin levantar la mirada.

Se duerme la tarde y se duerme la madrugada, se durmió Pentecostés sin poder verte la cara y se duerme hasta el Niño que en tus brazos esperaba la mañana, para ver a sus peregrinos a las claritas del alba.

Se durmieron los fandangos y se duerme el cohetero mientras ángeles del cielo bajan hasta tu altar para llevarte en volandas con su fervor rociero.

Bendita esa madrugada en la que te haces madre para abrazar a tu pueblo el lunes por la mañana, el lunes de Pentecostés.

Ya estás Señora en la aldea, antes de rayar el día y es que nadie lo sabía ni lo sabrá adivinar cuando Almonte te levanta para comenzar a andar.

Ya estás Señora en la aldea y vuelvo a mirar tu cara, no es la misma de la tarde, y tampoco la de la mañana, ni la que tenías anoche, que me pareció alterada. Tú sabrás porqué.

Ya estás Señora en la aldea para recibir el alba, mientras que los almonteños, sobre sus fuertes espaldas, con camisas sudorosas, te están buscando la cara para decirte a los ojos lo mucho que tu pueblo te ama.

Y es que ya todos sabemos lo que pasa, sin que nadie lo enseñara que te llama Almonte en la eterna madrugada y salta tu reja para llevarte en volandas, hasta que vuelve a dejarte, ante ese dorado altar que es del cielo la antesala, y no se si tiembla mi cuerpo cuando te miro a la cara o la que tiembla es mi alma cuando el lunes te despiertas haciéndote más humana.

Cuando la novia del Guadalquivir se viste de sus mejores galas, de nardos y claveles, de gladiolos y azahar, ungiéndose su larga cabellera de la

noche con incienso, se deja acariciar por la brisa marismeña, que la envuelve con mimo y cariño, con su rico aroma.

Huele pues a tomillo y a jara, a romero y lentisco, al pino y al eucalipto y toda la marisma entera es vaso de alabastro roto en el aire infinito al salir la Virgen del Rocío en primavera.

Y una mañana más, hemos acudido todos para verte caminar. Para ver, como las más hermosas flores palidecen en tus andas. Porque es tu cara la que al salir a la calle, nos ha nublado los ojos, ha paralizado el alma, ha vuelto el silencio en grito, ha llegado a nuestras almas, ha detenido hasta el tiempo, ha arrancado nuestras lágrimas, ha devuelto al sol la luz, ha llegado a la mañana tras volver la noche oscura en radiante madrugada.

Y en las claritas del día, el romero de Jaén y su gente que vino a verla, se fundirán con la Virgen en una locura de amores. La locura que les dará fuerzas para el regreso y poder estar orgullosos de que el simpecado de la Virgen, que durante todo el año veló nuestras ansias y desahogó nuestros recuerdos, fue besado por los ojos misericordiosos de la Reina de las Marismas, ante las primeras caricias doradas que van comenzando a colorear el esplendoroso cielo azul de la aldea Almonteña. Y allí se darán cita todos los rocieros, con el cura a la cabeza, que abren sus labios para exclamar las grandezas de María, para exclamar la Salve que ensalza a nuestra Madre, como esta antigua oración en verso.

12.- DESPEDIDA

Y al final, siempre queda Ella. Al final de todo, al final del camino, al final de la Romería, al final de nuestra vida, al final de los tiempos, al final de este pregón, siempre queda Ella.

Permitidme que por unos instantes mis pensamientos se conviertan en sueños que me lleven a la Aldea. Permitidme que clave mis esperanzas en la que es esperanza. Permitidme que deposite esta fe y estos sentimientos en la que es agua de mi sed, en la que es manantial de bondades y río de todas las gracias.

En estos momentos, en los que vamos regresando de nuestro viaje de sentimientos hay unos ojos, Madre mía, que te anhelan con impaciencia. Unos ojos un poco cansados por la lectura y llenos de lágrimas

Madre mía, solo tengo que agradecerte que me hayas dado esta oportunidad de pregonar a los cuatro vientos tus grandezas, porque mi emoción le debe mucho a todos mis hermanos que están en el patio de butacas, que tienen como centro de su vida a la Virgen del Rocío, siempre, en cada momento.

Estos hermanos que cuando no tenían nada, me lo dieron todo. Estos hermanos de los que siempre tienes que aprender porque no hay nadie como ellos que quieran a Virgen del Rocío.

Estos hermanos con esa fuerza y esa vitalidad que les caracteriza cuando se trata de la Virgen, cuando está el Rocío por medio, porque para ellos siempre lo está, a cada momento, a cada instante.

Estos hermanos que han dado tanto amor que es obligado para todos agradecerle muchas cosas. Porque ojala hubiera muchas personas como Ellos en el mundo. Ojala que llegara yo algún día a darle tanto amor a la Virgen como ellos le dan. Por eso permitidme que agradezca todas estas cosas a esta gente, ellos lo saben.

Y permitidme también en estos momentos que entre ellos y yo solo haya una mirada, la de esos ojos que te dan paz, sosiego y calma, los ojos que siempre miran al suelo.

Por eso gracias, gracias por ser como sois y gracias por quererla tanto, porque con personas como vosotros se hace posible cada primavera el milagro que le da toda la grandeza al Rocío.

Para mí, humilde pregonero del Rocío, ya todo está dicho, porque a partir de este momento en que todos salgamos por las puertas de este auditorio, esperaremos para sentir todas esas emociones que cada uno de nosotros deseamos porque así lo quiere la Virgen.

Sentiremos como se estremece nuestra alma con el primer toque de flauta, con el primer arreon de las mulas, con el suave tintineo de las campanillas de la carreta, con los sones de la primera sevillana cantada detrás de mi carreta que suena tan distinto a cualquier otro momento del año.

Sentiremos entonces la necesidad de provocar el encuentro, sentiremos entonces la necesidad interior de poder encontrarnos con su bondad.

Sentiremos el anhelo del alma de recibir como discípulos de Cristo el fuego de Pentecostés. Sentiremos palpar el corazón cuando esto ocurra, porque nuestra alma que demanda la venida del Espíritu nos empujará a no faltar a esa cita obligada.

Pentecostés, la fuerza y la vitalidad. El resurgir cada año de las cenizas que nos incita en el transcurrir de los días a marcarnos nuestros objetivos y nuestra vida como Dios quiere que lo hagamos, desde el compromiso con la fe y desde el compromiso con Dios.

Porque solo así de esta forma estaremos seguros plenamente de que un día podamos mirarla de frente y sentir para siempre el hechizo de su mirada, porque nos encontraremos donde se descansa eternamente junto a los que ya no están con nosotros. Porque solo así de esa forma sabremos que allá en la Aldea almonteña hay una Madre buena que escucha siempre, que hay una Madre a la que le hace falta el calor de todos y cada uno de sus hijos. Que hay una Madre que nos ofrece lo mejor de Ella, al Pastorcito. Que hay una Madre que teniendo como nombre símbolo de agua, imprime a golpes de fuego el sonido armonioso de cinco letras que al escucharlas hace que se nos estremezca el alma, Rocío.

Madre ahora sí, en estos instantes empieza el pregón de cada uno de los que esta mañana se encuentran convocados en tu nombre. Porque el mejor de los pregones es el que todos te ofrecemos con una simple mirada llena de esperanza ilusionada. El mejor de los pregones es el que se da cuando se tiene el alma llena de tanto amor y el recuerdo inundado de momentos que no se pueden describir con palabras porque son encabezados por los sentimientos que no se pueden plasmar en un papel, porque jamás se podrían encontrar las palabras precisas para transmitirlos a la perfección.

Y este año, cuando de nuevo te encuentres frente a frente con alguien que tiene el alma suplicante, cuando te encuentres con alguien que tiene el orgullo de decir a todo el mundo que es cristiano y rociero. Alguien que su amor por la Virgen del Rocío rebasa los límites de lo insospechado. Alguien que tiene los mejores amigos del mundo y por ello doy gracias a la Virgen a cada momento. Alguien que lleva a gala el tener una familia maravillosa, un padre a quien admiró tremendamente y una madre a la que tanto quiere. Alguien que tiene una esposa extraordinaria y unos hijos a los que debe de transmitir todo este caudal de sensaciones y sentirse emocionados.

Es entonces, cuando te encuentres con ese alguien, cuando todo esto ocurra. Con lágrimas en los ojos, el corazón dejará de hablar en silencio

para dejar paso a las palabras para decirte como cada año: “ Madre, derrama tu gracia sobre tus hijos de Jaén que llenos de amor, vienen a verte”.

¡Viva la Virgen del Rocío!

¡Viva la Blanca Paloma!

¡Viva el Pastorcito Divino!

¡Viva la Reina de las Marismas!

¡Viva la Hermandad de Jaén!